

Parada, Alejandro E, 1955- (1980). De la bibliofilia en la Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas INIBI.
Puán 480 - 4° Piso - Of. 8 - (C1406CQJ) Buenos Aires | ARGENTINA | Tel. 5287-2892 | 5287-2893
Correo-e: inibi@filo.uba.ar | inibi.uba@gmail.com | <http://inibi.institutos.filo.uba.ar>

DE LA
BIBLIOFILIA
EN LA
ARGENTINA

Por
Parada

Monografía presentada
a la cátedra de histo-
ria del libro y de las
bibliotecas, Facultad
de Filosofía y Letras

1980

CONTENIDO

INTRODUCCION.....	1
I EVOLUCION HISTORICA DEL CONCEPTO.....	3
II EL DESARROLLO DE LA BIBLIOFILIA EN LA ARGENTINA.....	7
1. La época colonial. La primera obra con características Bibliófilas. Los pri- meros adelantados.....	7
2. El siglo XIX y XX. Obras, precursores, y principales exponentes.....	10
3. La Sociedad de Bibliófilos Argentinos. Los bibliófilos actuales.....	17
4. Impresores y libreros de obras de Biblió- filo.....	22
5. Conclusiones.....	24
APENDICE.....	25
BIBLIOGRAFIA CONSULTADA.....	30
LAMINAS.....	32

INTRODUCCION

El tema propuesto fue EL DESARROLLO DE LA BIBLIOFILIA EN LA ARGENTINA. ASOCIACION AMIGOS DEL LIBRO. SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ARGENTINOS.

En primera instancia se limitó la monografía abocándose solamente a la redacción de "El desarrollo de la Bibliofilia en la Argentina". De éste modo, tanto la "Asociación Amigos del Libro" como la "Sociedad de Bibliófilos Argentinos", quedaron fuera de contexto.

Pero a medida que se recopiló información creció la necesidad, debido a su gran importancia, de incluir a la "Sociedad de Bibliófilos Argentinos" dentro del trabajo monográfico.

Por otra parte, la inclusión de la "Evolución Histórica del Concepto", no es fortuita. Se debió a las serias dificultades que acarreó la aclaración conceptual de lo que se entiende por Bibliofilia. De ahí su desarrollo al comienzo del presente trabajo.

En cuanto al plan adoptado, éste fue de índole cronológico. Abarcando desde la época colonial hasta nuestros días.

Los objetivos perseguidos fueron los siguientes:

A. Detectar quienes habían sido los bibliófilos más importantes y las obras más representativas.

B. El origen, desarrollo y evolución de la Bibliofilia

C. Estado actual de la Bibliofilia en la Argentina .

También se intentó saber qué materias cultivaron con mayor devoción nuestros bibliófilos. Pero la imposibilidad de poseer bibliografía de primera mano, truncó esta intención.

Cabe destacar que el Acta de Fundación de la Asociación de Bibliófilos Argentinos y toda la información relativa a dicha entidad fue suministrada por Juan Oavaldo Viviano, su actual presidente.

I EVOLUCION HISTORICA DEL CONCEPTO

El concepto bibliofilia - amor al libro - no ha sido estático, por el contrario, evolucionó desde sus orígenes hasta hoy.

Obviando una referencia a la cultura grecolatina,(1) el primer antecedente fidedigno apareció en la Edad Media con el tratado " Philobiblion ", de Charles de Bury (2). De ahí en más y durante varios siglos los amantes de los libros se llamaron " filobiblos ". (Esta palabra, empleada hasta fines del siglo XVIII, se vulgarizó con el nombre actual a comienzos del siglo XIX) Durante el renacimiento creció el afán bibliófilo, formándose las más importantes bibliotecas de manuscritos. Reyes, príncipes, duques, condes, damas de la alta nobleza y humanistas figuraron entre los más importantes coleccionistas de esta época. Entre muchos se destacaron: el duque de Berri, el duque de Bedford, Philippe le Bon, el rey de Hungría Mathias Corvin -cuya biblioteca fue una de las más selectas y numerosas de Europa-, Thomas Moore, Robert Cotton,

(1) En Roma, Licinio Lúculo Pontico, puede citarse como uno de los más importantes coleccionistas; logró reunir una magnífica biblioteca donde abundaban obras filosóficas e históricas.

(2) También en Inglaterra, en el siglo VII, cabe destacar al bibliófilo inglés Benedit Biscop.

los Médicis, los Sforza, los Montefeltre, Petrarca, Felipe II, -
quién con sus manuscritos fundó la biblioteca del Escorial-, Enri-
que II, Diana Poitiers, Margarita de Valois, Ana de Austria, Grollier,
y Auguste de Thou.

Mientras que en los siglos XVII y XVIII sobresalie-
ron: Segnier, Molé, Bignon, Bahuze, Mazarino, Colbert, Hoya, Gaignat,
La Vallière, Harley, Sunderland, Aguesseau, Lesage, Turgot y Lon-
gepierre.

Finalmente, en el siglo XIX, marcando el auge de la
bibliofilia: Roxburgh, Bourtourlin, Golitzin, Le Roux, Coislin,
Peignot, Brunet, De La Serna-Santander, Lacroix, Ashburnham, Didot
Viollet-le-Duc, D'Aumale, Ganay, Parma, Double, Béhagne y lo herma-
nos Dutuit.

El monumental diccionario enciclopédico de Diderot y
D'Alambert no citaba el término bibliofilia. Esto demuestra, ya que
intervinieron en su redacción hombres de amplia cultura (Voltaire,
Condillac, Montesquieu, Rousseau, etc), que hasta el año 1780 el
concepto estaba aún en gestación. Más tarde, en el Dictionnaire de
la langue française de Maximilien Littré, publicado entre 1863 y
1872, aparecía registrada del siguiente modo, "...celui qui aime
et recherche livres" (3). O sea, aquel que ama y busca libros. Pe-
ro la bibliofilia de hoy ha ampliado este concepto. De la defini-
ción de Littré cabe preguntar: ¿ con que objeto ?. La respuesta la
da Seymour de Ricci. "Como su etimología lo indica es el amor por
los libros...En el uso actual...esta palabra ha tomado un sentido
muy especial: la bibliofilia de hoy es el amor por los libros consi-
derados como objetos de colección" (4)

(3) Littré, Maximilien. Dictionnaire de la langue française.
Paris, Hachette, 1882, v. I., p. 337.

(4) De Ricci, Seymour. La bibliophilie. (En Encyclopédie Française.
Paris, Comité de l'Encyclopédie, 1935-66, v. 18., p. 18'14-6).

Pero es necesario señalar la diferencia existente entre el coleccionista y el bibliófilo, aunque en muchos casos es tan tenue que resulta difícil limitarla.

El primero siempre abarca varios campos. Un especialista que dedica toda su vida a coleccionar obras relativas a su especialidad no es un bibliófilo, ya que para él prima la riqueza del contenido en cada nueva adquisición.

Pero el bibliófilo es ante y sobre todo un amante de los libros de calidad. Y el término "calidad" es el principio rector de su elección.

La comunión entre el contenido y el continente es tan entrelazadas. Cada autor, cada género literario, tiene su propia tipografía, su papel adecuado, un determinado tipo de ilustración.

Por consiguiente, en la bibliofilia la belleza del libro subyace en presentar un continente gráfico de similar o igual calidad que el texto que reproduce. De ahí que todo bibliófilo es un coleccionista pero no todo coleccionista un bibliófilo. La bibliofilia pura tiene sus raíces en el concepto vertido por la etimología misma de la palabra: es profesar amor al libro; que en el presente se haya exployado al campo del coleccionista implica una amplitud conceptual, más bien, una evolución de índole práctica.

Entonces, averiguar cuando nació la bibliofilia con un hecho históricamente determinado es imposible. Puede afirmarse que el libro, cualquiera haya sido su soporte, es anterior a la bibliofilia. Porque para que exista amor por algo ése algo debe existir con anterioridad. Primero el libro, luego el archivo, más tarde la biblioteca, y paradójicamente, ante la escasez del libro, el amor por éste. Su ausencia, la falta material de lo antes cotidiano y hoy inhallable, es una de las consecuencias del surgi-

miento de la bibliofilia como disciplina humanística.

La ausencia marca su vacío. El bibliófilo siente la atracción amorosa de llenar el espacio dejado; su misión es explorar, hurgar afanosamente; lograr que la obra impresa sea un motivo de colección estética.

Quizá aquí radica la diferencia entre el lector y el bibliófilo, ambos amantes del libro. Ya que es innegable que toda persona al leer intercambia amor con lo leído. Pero es una pasión de contenido, no de continente. El lector ama en su pequeño ámbito la comunicación subterránea que establece con la obra. El bibliófilo, por el contrario, incorpora y da valor a la calidad de presentación, sin descuidar por ello el contenido. Es más, siente el placer de poseer la belleza en sus manos.

El libro para él, va más allá del libro, es un objeto de arte.

Por otra parte, el bibliotecario organiza, administra y sirve de instrumento, de medio para la formación educativa. El bibliógrafo confecciona listas, con o sin juicios críticos, y registra las publicaciones de una región, nación o especialidad. Mientras que el bibliófilo -cualesquiera sean los variadísimos tipos que existen-, está abocado a la tarea de sacralizar al libro.

Tal vez la bibliofilia sea una lejana descendiente del sentimiento que despertó el libro en la antigüedad; quizá, un cordón umbilical une el culto sagrado y perenne que le rindieron las primeras civilizaciones con el culto de los bibliófilos modernos. Ya que el cuidado que ponen en la elección de los ejemplares (tipografía, anchos márgenes, papel hecho a mano, ilustraciones, etc) es una forma de divinizarlo.

II EL DESARROLLO DE LA BIBLIOFILIA EN LA ARGENTINA

1. La época colonial. La primera obra con características bibliófilas. Los primeros adelantados.

Aún antes que la Argentina se emancipara, cuando perteneció al Virreynato del Río de la Plata, en las misiones guaraníes dirigidas por jesuitas se instaló en las inmediaciones del 1700 la primera imprenta del extremo sur americano. Recién ochenta años después, en 1780, Buenos Aires contó con la suya, "Real Imprenta de los Niños Expósitos", instalada a instancias del virrey Vértiz.

Pero de aquel rincón de la selva paraguaya surgió, aunque parezca increíble y misterioso, la "privilegiada iniciación de nuestra bibliofilia" (5).

En efecto, en esta pequeña imprenta construida con las manos de los indios evangelizados y de los Padres Juan Bautista Neumann y José Serrano, se editó en 1705 "De las diferencias entre lo temporal y lo eterno, crisol de desengaños...", traducida al guaraní por Serrano y cuyo autor es el Padre Juan Eusebio Nieremberg.

En el presente, la obra adquiere su carácter bibliófilo no sólo por su rareza sino por el grado de perfección de su ejecución, teniendo en cuenta las ínfimas posibilidades con que se contó.

(5) Zorraquín Becú, Horacio. En el cincuentenario de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos; 1928 -20 Agosto- 1978. Buenos Aires, Sociedad de Bibliófilos Argentinos, 1978, p. 37.

Avala su calidad de verdadera "joya bibliográfica", tal como lo han dicho hombres de la talla de Mitre y Furlong, sus 67 viñetas y 55 láminas.

Al echar una mirada retrospectiva de casi 300 años podrá figurarse este suceso como algo caprichoso. Como si el libro fuera producto de una generación espontánea. Todo lo contrario: fue el resultado de una coherencia histórica. Los únicos hombres capaces de realizar esta empresa, como buena parte del basamento cultural de hispanoamérica, tenían que ser inevitablemente religiosos. Ellos fueron quienes trajeron consigo los primeros libros (6). Consciente o no, tras su misión de evangelizar al indio cumplieron con otra: difundir el libro. Por eso, en esta primera época de presentación y familiarización de América con lo impreso, en esta primera época de fusión cultural, el arte del libro surgió del trabajo manual del indio y de la estética europea del religioso.

En cuanto a los primeros adelantados —de lo que más tarde constituyó el espíritu de nuestros bibliófilos— es menester citar a cuatro. Juan Baltasar Maziel, Gaspar de Santa Coloma, Julián de Leiva y José Joaquín de Araujo.

El canónigo Juan Baltasar Maziel (1727-1788) poseyó la biblioteca más importante de esta época. Su colección abarcó todo tipo de disciplinas, resaltando por su riqueza y afición la parte histórica. Verdadero personaje del Buenos Aires colonial, admirado y vilipendiado por sus ideas iluministas y liberales, murió desterrado en Montevideo por orden del virrey Loreto.

Es, seguramente, el primer bonaerense con orientación bibliófila, tal como lo describe Sabor Riera:

"... su escritorio se hallaba literalmente colmado por

(6) Los religiosos que acompañaron a Pedro de Mendoza introdujeron los primeros libros en el Río de la Plata

preciosos libros que atesoraba con verdadera delectación" (7)

Aquí las palabras "preciosos libros" y "delectación" detectan el amor al libro que sintió éste adelantado bibliófilo de antaño que logró recopilar varios centenares de libros raros y curiosos.

Gaspar de Santa Coloma (1742-1815), fue un acaudalado comerciante español que reunió un valioso archivo de documentos concernientes a la historia de estas tierras.

Julián de Leiva (1749-1818), de profesión juriscunsulto, recopiló una biblioteca rica en obras raras, entre las cuales se destacó el ejemplar manuscrito del Padre Lozano.

Finalmente, José Joaquín de Araujo (1762-1834), fue un coleccionista nato de objetos, monedas, libros y códices.

De éste período cabe destacar a Juan Baltasar Maziol. No solamente por el acervo de su biblioteca, sino también por su formación e inclinaciones intelectuales. Su gusto por la historia y sus ideales dejan entrever la gestación de lo que será más tarde el romanticismo. Su figura fue quizá la de un antecesor de un precursor: en este caso, Esteban Echeverría; y más específicamente, el primer intelectual con vocación bibliófila anterior a Echeverría.

(7) Sabor Riera, María Angeles. Contribución al estudio histórico de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX. Resistencia, Universidad Nacional del Nordeste. Secretaría de coor-

2. El siglo XIX y XX. Obras, precursores y principales exponentes

En los primeros años de la independencia las obras con características bibliófilas fueron: "Colección de Poesías Patrióticas", antología de varios autores y "Los Consuelos" y "Rimas", de Esteban Echeverría.

"Colección de Poesías Patrióticas" manifestó la necesidad de reafirmar la nacionalidad y soberanía incipiente en el campo de nuestras letras. Para ello, en el año 1822, Bernardino Rivadavia nombró a Esteban De Luca, Cosme Argerich, Vicente López y Planes y a Juan Cruz Varela como encargados de seleccionar y ordenar las poesías. La empresa, luego de muchos tropiezos y dificultades de toda índole, se plasmó cuatro años más tarde, en 1826.

Varios críticos le han reprochado su presentación sin cubierta, índice ni mención de imprenta. Pero "con sus 354 páginas de excelente papel y perfecta tipografía, sus viñetas y sus veintitres grabados es realmente precioso"(8).

Echeverría, al regresar de Europa pocos años después -además de introducir el romanticismo en el Río de La Plata- se convirtió en el "precursor de la bibliofilia en el país"(9). La imprenta argentina, fundada por Pedro Ponce en 1825, se encargó de publicar sus obras de iniciación poética, "Los Consuelos" (1834) y "Rimas" (1837).

Ambas, con tipografía equilibrada y buena calidad gráfica, reflejaron a un Echeverría cuidadoso por la presentación

(8) Zorraquín Becú, Horacio. Op. cit., p. 39

(9) Buonocore, Domingo. Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Buenos Aires, Bowker editores, 1974, p. 26.

estética del libro. Y conjuntamente con la antología anterior fueron los eslabones de unión con la obra "De las diferencias entre lo temporal y lo eterno, crisol de desengaños...".

En cuanto a las imprentas, puede decirse que en el período de 1817 a 1825 se fundaron las más antiguas. Las producciones de éstas -Sol, Independencia, Phoción y Comercio- constituyen por su rareza un verdadero hallazgo para los bibliófilos de hoy.

La primera mitad del siglo XIX la bibliofilia argentina estuvo representada por tres hombres. Saturnino Segurola, Pedro de Angelis y Gregorio Beáche.

Saturnino Segurola (1776-1854), ocupó por sus méritos un lugar destacado. Entre sus actividades merecen destacarse la introducción de la vacuna en Chile, la lucha constante contra la viruela y el privilegio de haber merecido asiento perpetuo, con voz y voto, en el Cabildo. Su pasión filantrópica no le impidió reunir una biblioteca y archivo notables para su época. Durante cincuenta años recopiló documentos históricos -códices y manuscritos- que han tenido enorme utilidad para los investigadores de nuestra historia.

Pedro de Angelis (1784-1859), de origen napolitano, llegó al país invitado por Rivadavia. En sus comienzos se desempeñó como periodista. Más tarde, durante el período rosista -fue uno de los pocos intelectuales de jerarquía con quién contó Rosas- se encargó de la Imprenta del Estado y del Archivo de la Provincia. Su interés por la historia americana le llevó a reunir la biblioteca más importante de la primera mitad del siglo pasado. En ella abundaron volúmenes y folletos que por su rareza y carácter único dieron a la colección una calidad inusitada.

Con respecto a Beéche , Sabor Riera manifiesta:

"El precursor de la bibliofilia en América del Sur fue Gregorio Beéche (1806-78), un argentino modesto que, desde 1841 hasta su muerte, residió en Valparaíso...(10).

En efecto, salteño de nacimiento , había buscado refugio en Chile huyendo de Rosas. Su biblioteca, rica en valiosísimas obras de historia americana, alcanzó la cifra de aproximadamente 5.000 ejemplares ; cantidad superada por la colección de Mitre.

Otros bibliófilos que no pueden omitirse fueron: Manuel Moreno y Angel Aurelio Navarro. El primero, médico, escritor y ministro plenipotenciario en Inglaterra durante varios años, poseyó un genuino espíritu bibliófilo. Su colección fue rica en ejemplares raros y curiosos . Mientras que Angel Aurelio Navarro, que se desempeñó como bibliotecario de Pedro II, también cultivó la bibliofilia.

El siglo XIX —especialmente su última mitad— marcó un hito en la bibliografía y bibliofilia mundial. América del Sur no permaneció inerte a éste movimiento, sino que ocupó a la par de las grandes escuelas europeas una posición de gran jerarquía y en muchos casos se constituyó en vanguardia por la relevancia de sus esfuerzos individuales.

La Argentina participó activamente con contribuciones de primera calidad.

Esta etapa, denominada históricamente "la edad de oro de la bibliografía americana", se inició en nuestro país con la publicación en 1853 del "Catálogo" de Pedro de Angelis. Poste-

(10) Sabor Riera, María Angeles. Op. cit., t. 2., p. 136.

riormente continuada por Antonio Zinny ("Efemeridografía argireparquiótica" y "Efemeridografía argiremetropolitana"), Alberto Navarro Viola ("Anuario Bibliográfico"), Bartolomé Mitre ("Catálogo razonado de la sección Lenguas Americanas"), Toribio Medina y Juan María Gutiérrez entre otros muchos. Destacándose también la participación de estudiosos, historiadores, libreros e impresores. Entre éstos últimos la figura más descollante y completa fue la de Carlos Casavalle (1826-1905), de gran vocación bibliófila.

Resulta así difícil separar a los bibliógrafos de los bibliófilos puros. Ya que en mayor o en menor grado tanto fueron lo uno como lo otro. Recién, como se verá más adelante, en las primeras décadas del siglo XX el bibliófilo puro -aquel que cultiva el libro de calidad-, se institucionalizará con la fundación de la Asociación de Bibliófilos Argentinos.

En resumen: "Puede afirmarse, sin caer en la exageración, que Buenos Aires fue un centro bibliofílico y bibliográfico de primera importancia en América española...(11)

Entre estos hombres -eruditos, coleccionistas, apasionados lectores, investigadores- se destacaron algunos por su marcada inclinación hacia la bibliofilia.

Bartolomé Mitre (1821-1906), quien atesoró la colección americanista más importante de América del Sur, destacándose en ella las secciones de lenguas indígenas e impresos anticuarios del Río de la Plata, cultivó el amor a los libros, heredado por la educación paterna, hasta los últimos días de su existencia.

Alberto Navarro Viola (1858-1885), cuya vocación de bibliógrafo y actividades políticas -murió a los veintinueve años

(11) *Ibidem*, t. 2., p. 37.

siendo secretario del presidente Julio Argentino Roca- no le impidió imprimir en hermosas tiradas sus propios versos.

Andrés Lamas (1817-1891), que reunió tal vez una de las más importantes bibliotecas en rarezas bibliográficas y un valioso archivo de documentos, cuadros y mapoteca.

Vicente G. Quesada (1839-1913) y Ernesto Quesada (1858-1934), quienes en el transcurso de dos generaciones recopilaron más de 80.000 volúmenes, integrados por viejas obras coloniales y el archivo del General Angel Pacheco entre otras curiosidades.

También se destacaron las colecciones de los hermanos Trelles, riva en ejemplares raros, publicaciones de la Imprenta de los Niños Expósitos e impresos misioneros ; la de Enrique Peña (1848-1924), especializada en todo tipo de obras que tratara sobre historia americana y especialmente argentina ; la de Estanislao S. Zeballos (1854-1923), con más de 500 manuscritos ; la de Angel Justiniano Carranza (1834-1899), con una abundante colección de folletos de estremada rareza ; etc, tan solo para nombrar las más importantes y representativas. (12)

Es menester citar - además de Navarro Viola- a los primeros coleccionistas de libros de lujo: Rafael Obligado (1851-1920), Leopoldo Díaz (1862-1947), Pedro Denegri (1853-1932), y Domingo D. Martinto (1859-1898), muchos de los cuales no en vano fueron poetas para ser conscientes de la presentación del libro como obra de arte.

(12) Otros coleccionistas con tendencias bibliófilas fueron: Nicolás Avellaneda, Pedro N. Arata, Lucas Ayarragaray, Pablo Cabrera, José María de Ifiondo, Juan Mariano Larsen, Martiniano Leguizamón, José M. Ilobet, Francisco F. Moreno, Miguel Olaguer Feliú,

Con el impulso de la generación del ochenta, ya sentadas las bases económico-políticas y terminadas las guerras internas, sobrevino una época en donde las condiciones propiciaron el surgimiento de una serie de notables bibliófilos durante el transcurso del siglo XX.

Los más reconocidos fueron Ricardo Olivera (1886-1949), Abel Chaneton (1884-1943), Matías Errázuriz (1867-1953), Eduardo J. Bullrich (1895-1949), Teodoro Decú (1890-1946), Jorge Beristayn (1894-1964), Enrique García Merou (1895-1967), Carlos M. Mayer (1879-1968) y Alejandro E. Shaw (1893-1970).

Entre otros, también es imprescindible nombrar por su pasión al libro bello a Enrique Ruiz Guñazú, Alejo González Garano, Ricardo de Lafuente Machiín, Matías Pinedo Oliver, Oscar Rodríguez Saráchaga, Marcelino Herrera Vegas, Juan P. Ramos, Benjamín Vilegas Nasavilbaso, Ramón Cárcano, Miguel Ángel Cárcano, Enrique Arana, Marcelo Schlimovich, Amalia de Chapeaurouge, Antonio Santamarina, Gral. Agustín P. Justo, Carlos Ibarguren, Alberto Rafael Arrieta, Juan Ángel Farini, Ezequiel Leguina, Oscar C. Mayer, Alberto E. Uriburu, Aníbal Ruiz Moreno, Raúl M. Rosarivo, Laura Otamendi de Pultera, María Otamendi de Olaciregui, Carlos M. Noel, Julio Noé, Guillermo Moores, José Luis Molinari, Francisco P. Laplaza, Pablo Keins, Oscar E. Carbone, Américo Calí, Rafael J. Bruno, Armando Braun Menéndez, Juan Carlos Ahumada, Jorge M. Furt, Arturo Marasso, Orlando Paladino, Elvira Suffern Arteaga, etc. *Miguel Lerman, etc.*

Cabe destacar a los bibliófilos con colecciones más valiosas.

Eduardo J. Bullrich, con una notable sección de libros de lujo y más de un centenar de incunables e impresos de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Carlos M. Mayer, quien reunió una valiosa cantidad de

obras de bibliófilo, especializándose en las ediciones francesas aparecidas en los siglos XVII y XIX.

Alejandro E. Shaw, con una colección riquísima en libros de bibliófilo.

Matías Errásuriz, cuya biblioteca ubicada en su residencia de Avenida del Libertador albergó una de las más importantes colecciones de autógrafos de personajes célebres desde el siglo XIII hasta el XX, además de una valiosísima cantidad de obras de lujo y libros de ejecutorias, antifonarios y salmos.

Mención a parte merece Abel Chaneton, ya que fue quizás el único que incursió en el campo de la teoría de la bibliofilia. Especialmente en lo referente al grabado y a la ilustración del libro de calidad.

3. La Sociedad de Bibliófilos Argentinos. Los bibliófilos actuales.

El 20 de agosto de 1928, a instancias de Paul Groussac, director de la Biblioteca Nacional, se labró el acta de fundación de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos (13). Con el objeto "de propagar el gusto por los bellos libros y facilitar las relaciones entre los bibliófilos de la Argentina y el extranjero".

En sus 52 años de existencia han sido sus presidentes Enrique Ruiz Guiñazú (1928-30), Eduardo J. Bullrich (1930-49), Carlos M. Mayer (1949-58) y Alejandro E. Shaw (1965-70). Actualmente ocupa la presidencia Juan Osvaldo Viviano.

Los libros que ha publicado son cronológicamente los siguientes:

1934: Facundo, de Domingo F. Sarmiento. Con aguafuertes de Alfredo Guido.

1938: Romance del Río Seco, de Leopoldo Lugones. Con dibujos de Alberto Gúiraldes.

1944: El Matadero, de Esteban Echeverría. Ilustrado por Melgarejo Muñoz.

1947: Diálogo de las Sombras, de Emilio Becher.

1948: Tini, de Eduardo Wilde. Con aguafuertes de Cata M. de Bianchi. Este libro comenzó la serie de seis Cuentos Argentinos Ilustrados.

1951: El Asalto de Ascochinga, de Vicente Fidel López. Con xilografías de Alberto Nicasio.

(13) véase apéndice.

1953: La Selva de los Reptiles, de Joaquín V. González. Con punta seca de María Carmen.

1955: Al Rastro, de Leopoldo Lugones. Con aguafuertes de Jorge Argerich.

1957: El Fantasma, de Roberto J. Payró. Con litografías de Raúl Veroni.

1962: Diario de mi Vida, de Lucio V. Mansilla.

1966: El Canto de la Sirena, de Miguel Cané. Con xilografías coloreadas por Víctor Delhez.

1969: Cuentos Santafesinos, de Mateo Booz. Ilustrado con aguafuertes de Enrique Fernández Chelo. Este libro inició una nueva serie de Cuentos Argentinos.

1972: Tres Cuentos, de Benito Lynch. Con aguafuertes de Adolfo Bellocq.

1972: Martín Fierro. Consejos a sus Hijos, de José Hernández. Con ilustraciones en madera de Víctor L. Rebuffo. Este volumen se adhirió al centenario de la publicación de Martín Fierro.

1975: Una Excursión a los Indios Ranqueles, de Lucio V. Mansilla. Tomo 1. Con aguafuertes de Roberto J. Paez impresas en papel Japón.

1975: Se publicó una selección de poesías de Enrique Bancha. Con aguafuertes de Raúl Russo.

1977: Una Excursión a los Indios Ranqueles. Tomo 2.

1977: Se realizó la publicación de una selección de poesías de Alfonsina Storni. Con aguafuertes de Gabriela Aberastury.

1979: Don Segundo Sombra, de Ricardo Güiraldes. Con aguafuertes de Aída Carballo. Fue impreso en papel "Auvergne Creme", de Richard de Bas, Francia, y elaborado especialmente con la filigrana de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos.

Entre los planes futuros se piensa publicar tres cuen-

tos de Ezequiel Martínez Estrada. Habiéndose elegido: "La Escalera", "Marta Riquelme" y "Por Favor Dr. Sálveme Ud."

También se ha proyectado editar Mendoza y Garay, de Paul Groussac, en un doble homenaje al cuarto centenario de la fundación de Buenos Aires y a quien fuera su fundador espiritual y primer miembro de honor.

La Sociedad de Bibliófilos Argentinos es de carácter cerrado, publicando 100 ejemplares para sus 95 socios. Los 5 volúmenes restantes son destinados para depósito legal y canje con instituciones extranjeras. Las vacantes dejadas por los socios las cubren aquellas personas que han probado su amor al libro como objeto de arte libre de todo comercio. Unos de los méritos mayores de la Sociedad es la exclusiva edición de autores argentinos —siempre fallecidos— y de fomentar el arte gráfico autóctono, ya que las obras son realizadas por nuestros impresores e ilustradores. Es, pues, una institución con marcada orientación nacional; importando sólo el papel de calidad que no se confecciona en el país.

Entre los requisitos básicos que debe cumplir un libro de bibliófilo editado por la Sociedad de Bibliófilos Argentinos, es que su tipografía y papel sean compuestos a mano, y que contenga ilustraciones originales realizadas en aguafuerte, punta seca, xilografía, u otros procedimientos similares. La Sociedad ha utilizado distintos tipos de papel: Fabriano, Japón, Guarro, Holanda, Auvergne, etc. En el presente, la mayoría de estos papeles se fabrican cada vez con menor frecuencia y existe una tendencia a no confeccionarlos a mano; también escasean en los mercados de Europa siendo necesario mandarlos a elaborar especialmente, trayendo como consecuencia ingentes desembolsos monetarios.

Su Comisión Directiva esta integrada por doce miembros: Presidente, Juan Osvaldo Viviano; Vicepresidente, Horacio Zorraquín Becú; Secretario, Horacio Enrique Guillén; Tesorero, S. César Palui; Vocales Titulares: Armando Braun Menéndez, Bonifacio del Carril, Gustavo Fillol Day, Eduardo Mayer y Jorge S. Oría; Vocales Suplentes: Mónica Uriburu de Lernoud, Miguel E. Dolan y Mauricio Kohen.

Sus socios -los bibliófilos argentinos actuales- son los siguientes: Richard S. Aldrich, Raúl A. Auger, Líbero Raddi, Alberto Raúl Beaux, Horacio Jorge Becca, Ricardo Becú, Manuel A. Beguiristain, Armando Braun Menéndez, Armande M. Braun, Maury A. Bromsen, Máximo von Buch, Julián Cáceres Freyre, Antonio Carrozzi Abascal, Círculo de Armas, Osvaldo F. Colombe, Bonifacio del Carril, Venancio Deulofeu, Josefina Rodríguez de D'Imperio, Alberto E. Dodero, Alberto N. Dodero, Miguel E. Dolan, Eduardo de Elizalde, Félix G. Elizalde, Francisco J. M. Elizalde, Manuel J. Escasany, Alberto Fabre, Gerardo Fernández Zannotti, Gustavo Fillol Day, Salvador Francisco Fornieles, Hebe de Petris de Francioni, Carlos J. Fraguio, Marta Donadeu de Gabarain, Fernanda B. de Galli, Horacio Giménez Zapiola, Juan Luis Goicoechea, Jorge Oscar Glikman, Carlos I. M. Gómez Alzaga, Ana M. Zaefferer de Goyeneche, Horacio Enrique Guillén, Mario Hirsch, Jorge Hueyo, Ana Termey de Idoyaga, Juan Carlos Iorio, Jockey Club de Buenos Aires, Carlos A. Juni, Marta Roller de Justo, Mauricio Kohen, Alberto Kraft, Héctor P. Lanfranco, Luis Larivière, Carlos Alberto Legorburu, Mónica Uriburu de Lernoud, Antonio López Llausás, Ernesto Lowenstein, Marlis de Mandelbaum, José Heriberto Martínez, Eduardo Mayer, Elena Rosa Etchart de Mignacco, Mark J. Millard, Héctor Rafael Obligado, Jorge S. Oría, Jorge Luis Oría, Alfredo Otero, S. César Palui, Remán José Pardo, Juan Bautista Peña, Lucio R. Picabea, Manuel Portella Ramírez, Horacio H. Pozzo, Eduardo C. Racedo, Mario Remorino,

Carlos Reussi, Lisandro J. Robirosa, Vicente Rös, Raúl Salaberren, Pablo J. Salminci, Alberto J. P. Santamarina, Hellmut Simons, Juan Alejo Soldati, Andrés E. T. Sperry, Enrique J. Stegmann, Emma Pascagnella, de Sturla, Osvaldo Svanascini, Lawrence S. Thompson, Manuel Torino, César Ignacio Urien, Pedro Vicien, Juan Osvaldo Viviano, Amanda D. Belloni de Wolski y Horacio Zorraquín Becú.

Cabe destacar que por primera vez en su historia la Sociedad de Bibliófilos Argentinos contará a partir de noviembre de 1980 con sede propia -antes oficiaba como lugar de reuniones la casa del presidente en ejercicio-, ubicada en la calle Cochabamba 477, Buenos Aires, Capital Federal. La casa ha sido donada por los hijos de Carlos M. Mayer, que fuera una de sus fundadores y presidentes; en ella se instalará la biblioteca que lleva su nombre.

4. Impresores y libreros de obras de bibliófilo.

Dentro del desarrollo de la Bibliofilia argentina no se puede omitir la tarea desempeñada por algunos impresores y libreros que cultivaron la impresión y el comercio del libro como objeto de arte.

Los impresores más importantes fueron: Francisco A. Colombo y Ghino Fogli.

Francisco A. Colombo (1878-1953), un argentino de formación autodidacta, fue el impresor más importante de libros de bibliófilo. Instalado en su juventud en San Antonio de Areco comenzó su carrera con la edición en 1922 de "Rosaura", de Gúiraldes (200 ejemplares confeccionados en papel hilo); prosiguió en 1923 con "Xaimaca" y en 1926 con "Don Segundo Sombra" (30 ejemplares en papel Milano de Fabriano). En el transcurso de su vida imprimió alrededor de 300 obras y fue hasta su muerte el impresor de las obras de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos. Obra que hoy es continuada por Osvaldo F. Colombo.

Ghino Fogli (1892-1954), italiano de nacimiento y por opción argentino naturalizado, había egresado en 1908 con el título de Impresor Tipográfico de la Escuela Superior del Libro de Milán. Formado técnicamente, sus libros se destacaron por su profesionalidad y por su impecable ejecución. Las más importantes -prueba de su profunda sensibilidad estética- fueron: "El Motín de los Astilleros", de Armando Braun Menéndez; "Poemas de la Fundación", de Mariano de Vedia y Mitre; "El Gaucho Martín Fierro y la Vuelta de Martín Fierro", de José Hernández, entre otras muchas.

Entre las librerías -también editoriales- que se aboga-

ron a la difusión del libro bello merece citarse a la librería "El Bibliófilo", fundada en 1927 por Domingo Vian. Con una actividad editorial que abarcó desde 1929 a 1946. En 1929 editó una verdadera joya bibliográfica, "La Gloria de Don Ramiro", de Enrique Larreta, con ilustraciones de Fernando Siro. En su librería, Vian, organizó brillantes exposiciones y muestras; siendo la de mayor jerarquía la efectuada en 1939, donde se exhibieron obras rarísimas de los siglos XV al XIX. Cesó sus actividades en 1955.

También cabe destacar la librería "L'Amateur", fundada por Pedro Mozarelli, como "un verdadero paraíso de bibliófilos" (14).

5. Conclusiones.

Todos los esfuerzos bibliófilos realizados desde la época colonial hasta los primeros años del presente siglo se caracterizaron por su independencia. La bibliofilia argentina había contado con exponentes notables, especialmente a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Pero, los bibliófilos, estrechamente vinculados entre ellos, carecieron de una organización que los agrupara, de una entidad que fijara las normas indispensables que debería cumplir un libro bello.

En 1928, con la fundación de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos, se institucionalizó el amor por el libro. Aun más: el libro de bibliófilo argentino adquirió su internacionalidad. De ahí en adelante se hizo mundial como objeto de arte, ya que comenzó a competir estéticamente a la par de las mejores creaciones europeas.

También se puede afirmar que hoy día existe una Bibliofilia Argentina desarrollada, pero aún, lamentablemente, poco conocida. Es necesario, pues, para que prosiga desarrollándose, una divulgación pedagógica del libro como objeto de arte, de lo contrario la evolución adquirida permanecerá latente.

En cuanto a la forma de elaborar un libro de calidad, la bibliofilia se encuentra en una etapa de transición, tanto en la Argentina como en el extranjero. Los procedimientos tradicionales - papel y tipografía realizada a mano - están cayendo en desuso. La bibliofilia del mañana conservará su amor incondicional al libro bello, pero los procedimientos para obtenerlo seguramente serán otros que los actuales.

ACTA DE FUNDACION

En Buenos Aires, a los veinte días del mes de Agosto de mil novecientos veintiocho, reunidos en la Biblioteca Nacional, calle México 556, los señores Eduardo J. Bullrich, Abel Chaneton, Matías Errázuriz, Enrique García Merau, Alejo González Garaño, Ricardo de Lafuente y Machián, Ezequiel Leguina, Carlos M. Mayer, Matías Pinedo Oliver, Juan P. Ramos, Oscar Rodríguez Saráchaga, Enrique Ruiz Guiñazú, Alberto E. Uriburu, Benjamín Villegas Basabilbaso y Marcelino Herrera Vegas, siendo las diez y ocho horas y treinta minutos, bajo la presidencia del Sr. Dr. Enrique Ruiz Guiñazú y actuando de secretario el Sr. Manuel Selva, con el fin de dejar constituida la Sociedad de Bibliófilos Argentinos, el Dr. Ruiz Guiñazú expuso:

Que con el objeto de producir el acercamiento entre los bibliófilos argentinos y el de éstos con los del extranjero, como así mismo para propender a la publicación de obras de mérito en ediciones de lujo y de número limitado que se distribuirán entre los socios sin darlos al comercio, y propiciar exposiciones de libros y de intercambio con entidades extranjeras similares, se había pensado en la conveniencia de constituir una Sociedad de Bibliófilos Argentinos, habiéndose adherido a la iniciativa los siguientes caballeros: Pablo Cabrera, Antonio F. Cafferata, José Luis Cantilo, Miguel Angel Cárcano, Ramón J. Cárcano, Mario A. Carranza, Ernesto H. Celestia, Amalia Chapeaurouge, Julián de Charras, Antonio Dellepiane, Juan A. Domínguez, Juan Luis Ferrarotti, Salvador Fernielsen, Alfredo González Garaño, Alfredo Hirsch, Carlos Ibarguren, Alberto D. Justo, Fermín Lejarza, Emilio Mikura, Francisco Llobet, Félix Matín y Herrera, Nenito Nazar Anchorena, Carlos M. Noel, Carlos Obligado, Emilia Ortíz Grognet, Enrique Arena, Antonio Santamarina, Marcelo Schlimovich, Mariano de Vedia y Mitre y Ricardo Victorica.

Agregó el Dr. Ruiz Guiñazú que para llevar a la práctica el pensamiento de los miembros fundadores de la Sociedad, sometía a consideración de la Asamblea, un proyecto de Estatutos, que luego de ser leído se puso en discusión y dice así:

Art. 1º. La Sociedad de Bibliófilos Argentinos tiene por objeto propagar el gusto por los bellos libros y facilitar las relaciones entre los bibliófilos de la Argentina y el extranjero.

Art. 2o. Su acción consistirá principalmente:

- a) En la publicación de obras de autores argentinos e extranjeros, editados lujosamente en tipografía o facsímil con ilustraciones si es posible, para ser distribuidos entre sus asociados. Estos libros no se pondrán a la venta
- b) En la organización de reuniones periódicas (conferencias, exposiciones, etc) relativas a la bibliofilia.

Art. 3o. La Sociedad tendrá su sede en Buenos Aires; se constituye por tiempo indeterminado y será dirigida por una comisión de 10 miembros, compuesta por un presidente, un vicepresidente, un tesorero, un secretario y seis vocales.

La Comisión durará dos años en sus funciones, pudiendo sus miembros ser reelectos por mayoría dentro de un quorum de 20 presentes

Art. 4o. La Sociedad funcionará con cualquier número de miembros que concurran a la respectivas citaciones. Se reunirá ordinariamente una vez al mes, desde el 1o. de Mayo hasta el 30 de Noviembre y extraordinariamente, siempre que la convoque el presidente o lo pidan cinco miembros.

Art. 5o. La Sociedad se compondrá de 80 miembros titulares y 5 miembros de honor.

Las vacantes serán llenadas por votación, requiriéndose la mayoría absoluta de votos de los socios titulares, pudiéndose enviar el voto por escrito. Los nuevos que se designen, ocuparán el sitio que haya vacado y abonarán una cuota de ingreso de cien pesos moneda nacional.

Art. 6o. El tiraje de cada edición será de cien ejemplares, que se repartirán entre los 85 asociados. Los restantes se destinarán a depósito legal, a la biblioteca de la Institución y al canje con las sociedades similares.

Art. 7o. Fijase en cinco pesos la cuota mensual que abonarán los socios.

Art. 8o. Toda modificación a estos estatutos, deberá ser solicitada por 25 miembros. Las reformas se tratarán en asamblea especial convocada al efecto, requiriéndose el voto de la mayoría de los presentes, cuyo quorum no será menos de 35 socios.

De los ocho artículos de proyecto fueron aprobados sin observación el 1o., 2o., 5o., 6o., y 8o. El Dr. Juan P. Ramos propuso al discutirse el art. 3o. el agregado "in fine" de un párrafo que dice así: "Esta comisión permanecerá en sus funciones hasta la elección de otra nueva"; siendo en definitiva aprobado el art. 3o. en la reforma propuesta y con el agregado sugerido por el Dr. Ramos. Al ser puesto en discusión el art. 7o. el Dr. Carlos M. Mayer manifestó que conside-

raba exigua la cuota fijada , teniéndose en cuenta el costo de una edición de lujo y el limitado número de socios con que contaría la Sociedad. El Dr. Rufz Guiñazú hizo notar a este respecto que la Sociedad tenía una cantidad de papel japonés suficiente como para imprimir las mencionadas ediciones durante un largo tiempo, lo que significaba la economía del elemento más costoso de las publicaciones y añadió que se tenía el propósito de solicitar de los autores de obras en prensa, cuyos trabajos se considerasen interesantes, autorización para utilizar la misma composición en tirada de papel especial. El Dr. Mayer observó que la retribución de los artistas que hicieran ilustraciones para las obras de lujo a editarse, implicaría un fuerte desembolso para la Sociedad , aun en el caso que se hicieran en el extranjero. Solicitó entonces la palabra el Dr. Bullrich para manifestar que en su opinión debía aspirarse a que las ediciones se imprimieran en la República Argentina con materiales argentinos e ilustradas por artistas argentinos, lo que constituiría un aliciente para éstos y para los impresores, que no tardarían en importar los tipos adecuados para la confección de ejemplares destinados a Bibliófilos. Con el objeto de satisfacer en parte la observación formulada por el Dr. Mayer, el Dr. García Merou sugirió la conveniencia de que se autorizase a la Comisión Directiva para vender a los socios , ya sea en remate, ya a precio fijo, los originales de las ilustraciones. Invitados los Dres. Mayer y García Merou a concretar los agregados que proponían al art. 7o., lo hizo en primer término el Dr. Mayer, sugiriendo que después de la palabra "socios" se agregase: "...pero la Comisión Directiva queda autorizada para establecer una cuota suplementaria a fin de sufragar los gastos que demanden las publicaciones de gran lujo". El Dr. García Merou concretó su moción proponiendo que a continuación del agregado que sugería el Dr. Mayer "se dijese "...y a vender a sus asociados los originales de las láminas ilustradas, ya sea en remate o a precio fijo". Con los agregados que se mencionan quedó definitivamente aprobado el art. 7o. de los estatutos. Pidió nuevamente la palabra el Dr. Ramos para hacer notar las posibles dificultades con que podría tropezar la Comisión Directiva, si debía ajustarse exclusivamente a los términos del estatuto que eran por demás concisos. El Dr. Rufz Guiñazú contestó que expresamente había evitado incluir disposiciones generales que se encuentran en Estatutos de otras Sociedades por considerarlos innecesarios para los fines que perseguía la Sociedad de Bibliófilos Argentinos y que la objeción que hacía el Dr. Ramos se podía subsanar agregando un artículo redactado en la siguiente forma:

"Art. 9o. La Comisión Directiva queda autorizada para dictar un reglamento general". Puesto a votación el nuevo artículo, fue aprobado por unanimidad de votos y acto continuo se pasó a elegir a las autoridades de la Sociedad , designándose a los Sres. Ramos, Mayer y

Pinedo Oliver para que propusieran a la Asamblea una lista de diez miembros que debía integrar la primera Comisión Directiva. Invitados por el Dr. Ruiz Guiñazú se pasó a un breve cuarto intermedio. Reanudada la sesión, el Dr. Pinedo Oliver, informó en nombre de la Comisión, aconsejando a los presentes que votasen la siguiente lista: Presidente: Dr. Enrique Ruiz Guiñazú; Vicepresidente: Dr. Marcelino Herrera y Vegas; Secretario: Dr. Alberto E. Uriburu; Tesorero: Eduardo J. Bullrich; Vocales: Dres. Enrique García Merou, Carlos M. Mayer, Ricardo Victorica, Oscar Rodríguez Saráchaga y Sres. Matías Errázuriz y Alejo González Garaño, quienes fueron elegidos por unanimidad de votos. El Dr. Ruiz Guiñazú agradeció en nombre propio y en el de sus compañeros de tarea la distinción de que se les hacía objeto y propuso se eligiese como miembro de honor al Dr. Paul Groussac, lo que fue aceptado por aclamación. En cuanto al nombramiento de los demás miembros de honor, hasta completar el número de cinco que autorizan los Estatutos, se resolvió no llenar esas vacantes por el momento.

A moción del Sr. Pinedo Oliver se aprobó pasar una nota de agradecimiento al S. E. el Sr. Ministro de Agricultura de la Nación Emilio Mihura, que se encuentra entre los miembros fundadores de la Sociedad, por haber suscripto el decreto en virtud del cual se hace donación del papel de la Manufactura Imperial del Japón.

Acto continuo el Sr. Asesor Bibliógrafo de la Sociedad Don Manuel Selva, hizo entrega a cada uno de los presentes, de un ejemplar numerado e impreso en papel Japón, perteneciente a una edición especial de cien ejemplares fuera de comercio del libro "Páginas de Groussac" que es el primer libro que la Sociedad de Bibliófilos Argentinos pone en manos de sus asociadas.

No habiendo más asuntos que tratar el Dr. Ruiz Guiñazú invitó a los presentes a saludar en su despacho al señor Director de la Biblioteca Nacional, don Paul Groussac, como acto de homenaje y de agradecimiento por haber ofrecido tan gentilmente el local donde tendrá su sede la Sociedad de Bibliófilos Argentinos, lo que así se hizo de inmediato, levantando el Sr. Presidente la sesión a las diez y nueve horas y treinta minutos.

Fdo. Ricardo Victorica - E. Ruiz Guiñazú - Carlos M. Mayer - M. Selva - A. E. Uriburu - Alejo B. González Garaño - Eduardo J. Bullrich - M. Herrera y Vegas - M. Schlimovich.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Arrieta, Rafael Alberto. El encantamiento de las sombras; páginas desprendidas del manuscrito de un biliómano. Buenos Aires, Emecé, 1946.
- Asselineau, Françoise Alexandre Charles. El infierno del bibliófilo. Valencia, Castalia, 1947.
- Buonocore, Domingo. Elementos de Bibliotecología. Santa Fé, Librería y Editorial Castellví, 1952.
-
- Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Buenos Aires, Bowker, 1974.
-
- Libros y bibliófilos durante la época de Rosas. Córdoba, Universidad de Córdoba, 1968.
-
- Castañeda y Alcover, Vicente. Bibliofilia sentimental. Valencia, Castalia, 1949.
- DICCIONARIO del mundo clásico. Buenos Aires, Labor, 1954.
- DICCIONARIO enciclopédico Durvan. Bilbao, Durvan, 1972-73.
- ENCICLOPEDIA universal ilustrada europeo-americana. Barcelona, Espasa, 1905-33.
- ENCYCLOPEDIE francaise. Paris, Comité de l'Encyclopédie francaise, 1935-66.
- Fernández, Stella Maris. La imprenta en hispanoamérica. Madrid, Asociación Nacional de Bibliotecarios Archiveros y Arqueólogos, 1977.
- Hidalgo, Alberto. Pasión y tragedia del bibliófilo. (Fénix; Revista de la Biblioteca Nacional de Lima, no. 4, 2o. semestre 1946, p. 725-729).
- Littre, Maximilien. Dictionnaire de la langue francaise. Paris, Hachette, 1882.
- Piccirilli, Ricardo. Carlos Casavalle; impresor y bibliófilo. Buenos Aires, Julia Suarez, 1942.
- Sabor, Josefa E. Manual de fuentes de información. Buenos Aires, Marymar, 1978.
- Sabor Riera, María Angeles. Contribución al estudio histórico de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX. Resistencia, Universidad Nacional del Nordeste. Secretaría de coordinación

ción popular y de extensión universitaria. Dirección de Bibliotecas, 1974-1975.

Salinas, Pedro. El defensor. Madrid, Alianza, 1967.

Zorraquín Becú, Horacio. En el cincuentenario de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos; 1928 -20 Agosto- 1978. Buenos Aires, Sociedad de Bibliófilos Argentinos, 1978.